

UNA VENTANA INTEMPORAL

Mariel Gascón

A TRAVÉS DE LA VENTANA,
EL MUNDO ESPERA

Concha Fernández

TERAPIA

Perla Borao

Primer Premio

UNA VENTANA INTEMPORAL ■

Mariel Gascón

La mujer está soñando. Sueña que tiene en sus brazos a su hijo recién nacido; lo mece y lo acerca a su pecho repleto de leche; el bebé abre su diminuta boca y busca el pezón de su madre; cuando lo encuentra empieza a succionar y un reguero de leche cae por las comisuras de sus labios...

Amina se despierta porque tiene los hombros helados. La claridad empieza a transparentarse por los vidrios del ventanuco. Encima de una cómoda destartalada una vela está a punto de consumirse. Se gira hacia el hombre que ronca a su lado y le quita la manta que tiene encima, le da unos empujones de malos modos y lo tira al suelo.

-¡Vamos! ¡Lárgate ya! ¿Qué te has creído? ¿Que esto es una fonda? - le dice recuperando su manta raída y

envolviéndose en ella para entrar en calor. La manta conserva el olor a sudor rancio del hombre y Amina arruga la nariz.

El pobre desgraciado casi no atina a meterse las calzas para proteger sus atributos, se pone su camisa de lino pardo y encima un peyote de lana que ata con un cinto de cuero. Recoge sus botas y su jubón que apesta a animal y sale del cuartucho de Amina como alma que lleva el diablo.

Amina se queda sola, mira las paredes encaladas; de la que tiene enfrente cuelga una pequeña manta de arpillera bordada con un dibujo primoroso; está colgada en la pared con dos remaches oxidados y el dibujo muestra un molino al lado de un río. Fue un regalo que el viudo Matías, el batanero, le hizo junto con una proposición: ella le ayudaba a criar a sus tres hijos, se amancebaba con él y, a cambio, la sacaba del burdel y le daba comida y un techo bajo el que vivir.

Amina se sonríe socarrona cuando recuerda la cara que se le quedó al viudo Matías cuando empezó a gritarle improperios ante tamaña proposición. ¿Qué se había creído? Ese viejo retorcido quería una trabajadora para el molino de batanear lana, una madre para atender a sus tres odiosos hijos, una cocinera que se ocupara del hogar

y una barragana complaciente para holgar por las noches sin tener que pagar. Y no le ofrecía más de lo que ella tenía. Ella tenía vestidos, que guardaba en un arcón de madera, en la esquina de su cuarto. Comía caliente todos los días. Los mejores señores buscaban sus servicios por ser ella joven, lozana y complaciente. Incluso disponía de una pieza para ella sola, cosa que ninguna de las otras mujeres tenían. Fue un privilegio que le permitió la Bernarda hacer ya tiempo por los buenos marabedíes que le hacía ganar.

Amina se levanta del catre y la madera del suelo cruje cuando camina hacia la jofaina, coge la jarra que tiene con agua justo debajo y vierte una poca para asearse rápidamente. El espejo del mueble le devuelve la imagen de su piel blanca y tersa; mueve un poco el espejo y se mira los senos que últimamente los tiene duros e hinchados. En ese momento una bola le sube por la garganta y vomita en la jofaina sin poder evitarlo. Como tiembla se pone la camisa de lino larga hasta los pies, después la cubre con un vestido de lana bataneada color marrón terminado en picos amarillos que arrastran por el suelo y le sirven de distintivo como mujer pública y prostituta*. El vestido lo ciñe a la cintura con un cordón.

Sin ni siquiera peinarse baja a la cocina donde otras mujeres se afanan arreglando un manojo de borraja del huerto. La cocina tiene losas de piedra en el suelo y vigas de madera en el techo; aunque es una dependencia grande apenas tiene muebles: una alacena para guardar vajilla y las ollas, una gran mesa y sillas de anea. Al lado de la puerta por la que se accede al corral hay un gran ventanal enrejado a cuyos lados cuelgan dos cortinas de encaje de bolillos un poco renegridas por el humo. En el fuego bajo hay un caldero con leche puesta a hervir, y en la repisa de la chimenea dos candiles y unas figuritas de madera que el hijo de la Bernarda hizo cuando joven. Sentadas alrededor de la mesa de madera hay tres mujeres hablando. Otra más saca un cuenco de barro de la alacena y lo llena con la leche del puchero y se sienta a la mesa.

-¿Cuántas veces te tengo que decir que dejes hervir la leche? ¿Quieres coger las fiebres? - dice la Bernarda que en ese momento entra por la puerta con un brazado de leña. Lo tira en una esquina encima de unos troncos y se gira hacia Amina – Te he oído vomitar desde el corral y hace días que observo que tus trajes te aprietan el pecho. Soy alcahueta vieja y no me engañas: tu estás preñada.

Todas las miradas se dirigen hacia Amina, cuyos rizos negros despeinados le caen hasta la cintura. Ella baja la mirada. Hace días que lo sabe pero la vergüenza le ha paralizado su normal desparpajo por la que es conocida en todo el barrio de burdeles.

-¿Es que no te has hecho los enjuagues con vinagre y caléndula como te enseñé? - le pregunta la Bernarda con voz apenada.

Amina la mira. Es lo más parecido a una madre que ha tenido nunca desde que con siete años la compró en el orfanato de las madres beguinas. La Bernarda la empleó de criadilla y la dejó dormir en un jergón a los pies de su catre; le quitó los andrajos con los que la vestían las monjas y le puso un peyote de lana para que no pasara frío en los crudos inviernos; excepto dos años de malas cosechas siempre había un plato caliente de gachas o un huevo para ella en casa de la Bernarda; en esos diez años le enseñó el oficio con sus trucos y no eran pocos los principales de la villa que reclamaban sus servicios y como mujer de lupanar de ciudad fronteriza valientes soldados y buenos mozos no le faltaban a su negocio. Ahora sus caderas se ensancharían, sus pechos firmes caerían y su lozanía y belleza se marchitaría. Si es que no moría en el parto como la pobre Joaquina...

- Creo que lo mejor es ir donde la tía Justa y hacer un arreglo – le sugirió la Bernarda.

-¿A casa de esa malcarada judía? - pregunta sorprendida una de las mujeres sentadas en la mesa y que no había perdido detalle de lo que allí acontecía – Dicen que tiene tratos con el diablo y que sus pócimas y hongüentos más que sanar enferman. Dicen que saca a los niños del vientre de su madre atravesándolos con agujas. Dicen que...

-¡Cállate! ¡Nadie te ha pedido tu opinión! - le dice la Bernarda levantando la voz – Que más que barragana pareces beata. ¿Dónde va a ir Amina con un mochuelo colgado de la teta? Y mira esa leche, que se va a salir del caldero...

La mujer se levanta y retira el caldero del fuego, luego mira a la Bernarda y le dice burlona:

- Buenos cuartos que te ha hecho ganar Amina, buena heredad tienes para la vejez. Pero es ella la que tendría que decidir si va con la Justa... o con el batanero.

-¿El batanero? - pregunta sorprendida Amina – Antes de convertirme en barragana del viudo Matías prefiero ir donde la Justa.

- Pues si que te das aires de doncella que tan mal ves que un hombre se cuide de ti sin pasar antes por el

altar. Te recuerdo que eres puta, y para colmo de males, preñada.

-¿La inquina que me tienes es quizás porque eras tu quien anhelaba esa proposición? ¿O porque Don Pedro de Braganza no te hizo el menor de los casos y me prefirió a mi? – Y dicho esto Amina sale airada hacia el corral.

En el corral se sienta encima de la paja del cobertizo, mira como las gallinas picotean y escarban en el rincón donde se tiran las basuras; desde donde está también escucha los sonidos que provienen de las cortes de los gorrinos. La Bernarda también tiene una cuadra con una vaca y conejos. Junto al portón del corral y bajo un chamizo se alinean troncos de carrasca para el fuego.

Amina piensa en Don Pedro de Braganza, el padre de su hijo: un joven caballero a las ordenes de un conde castellano que estuvo de paso por la villa camino de fama y fortuna. Durante el tiempo que su ejercito se pertrechaba y ponía a punto para la batalla, el apuesto soldado la buscó todas las noches a pesar de las triquiñuelas que empleaban las demás para llamar su atención. Era gallardo y altanero, y también tenía tratos con el vino, pero ella le amó como nunca había amado a nadie e incluso lloró cuando recibió la noticia de su muerte. Murió en una emboscada a manos de infieles pocas semanas después

de su marcha. Ahora en su vientre crecía su hijo, un hijo que ella pariría y sus pechos amamantarían, un hijo al que ella protegería como una leona a sus crías.

- No puedes tener ese hijo – le dice la Bernarda sacando a Amina de su ensoñación. Se sienta a su lado y le pasa el brazo por los hombros. Amina se recuesta sobre sus grandes pechos y llora contra ella - ¿Qué futuro le esperaría a ese niño viviendo en un burdel? Se convertiría en un pilluelo sin el ejemplo de un hombre que renegaría de su madre por su condición. Mira lo que me pasó a mi, escarmienta en cabeza ajena. ¿Y si fuese hembra? ¿Es esto lo que quieres para ella?

Amina, poco a poco, se serena. Ella ya ha pensado en todo eso. Una gran tristeza la embarga y sabe que arderá en el fuego eterno por lo que va a permitir. Nunca acunará a su hijo en sus brazos, ni la despertará con su llanto por la noche, ni oirá sus risas ni verá sus primeros pasos. Ella lo protegerá de la vergüenza de tener una madre prostituta, lo protegerá del estigma de los desamparados. No, ese bebé no sufrirá todo lo que ella había sufrido.

- Bernarda – dijo Amina con voz trémula – Llévame donde la Justa.

-¿Te lo has pensado bien? Tú sabes que te quiero como a una hija y por nada del mundo quisiera perderte. Tu sabes que la Justa no siempre acierta y que más de una vez hemos ido de funeral con las entrañas de alguna niña taladradas por la bruja...

-Si, Bernarda, estoy segura.

*(De ahí la expresión "irse de picos pardos")

Segundo Premio

A TRAVÉS DE LA VENTANA,
EL MUNDO ESPERA

Concha Fernández

¡Sol! ¡Luz por mi ventana!

Azul.

Paso horas muertas contemplando ese regalo que se nos ofrece en este mundo. Basta con mirar hacia arriba. Ese milagro del azul del cielo, ¿Quién lo inventaría?. Yo solo me conformo con el bocado cuadrado que me da a probar ante mis ojos a través de la ventana.

-Paula...¿Quieres que te cambie de postura?...Avisaré a las enfermeras. Tenemos que cambiar hacia el otro lado o boca arriba, ya llevas demasiado rato tumbada de ese lado.

-Espera un poco, mamá. Me gusta mirar por la ventana....

-Si, hija, pero no puedes quedarte en esa posición todo el tiempo.

-Cinco minutos más, por favor.

-Vamos, vamos, que no se te ha perdido nada ahí fuera

- La madre hizo un gesto de bajar la persiana, que la joven impidió con un exabrupto airado

-¡Por favor, mamá! Deja esa persiana!.... Y deja ya de tratarme como a una niña.

-Sí, claro, claro...perdona, hija. Es que todo esto me supera...

Y prorrumpió en un sollozo con el que aliviar en parte la tensión acumulada.

-Vamos, mamá...No te aflijas. Solo te pido que me respetes....

Este tipo de situaciones eran las que mas contrariaban a Paula en su estado actual.

Sentirse como un bebé, totalmente necesitada de la ayuda y cuidados de los demás, y de su madre en particular. Ya estaba levantando el vuelo, iniciando una vida propia e independiente, finalizando los estudios de filología inglesa, forjado un círculo de buenos amigos, y pensando en irse cualquier día a vivir con su novio. Hasta se había sacado el carné de conducir hacía unas semanas.

Pero un día la vida cambió. O al menos, se quedó paralizada y en estado de espera, como ella, postrada e inmóvil, cuando, tras un catarro en apariencia banal, experimentó que su cuerpo perdía la sensibilidad, se entorpecía y dejaba de moverse. Casi dejó de respirar, incluso.

Y ahora verse así. Que si hay que cambiarte de postura, que ahora te vamos a lavar y asear, a cambiar de ropa, a moverte las

extremidades para que no se entumescan y así las vamos fortaleciendo con gimnasia pasiva, que si bébete a sorbos este caldo... No lo podía aguantar, suponía para ella un auténtico ejercicio de paciencia obligada.

Hasta hacía dos días, se habían sucedido semanas sin cuento, sin ver la luz del sol, postrada en una cama de la unidad de cuidados intensivos, rodeada de cables y tubos, acompañada por el sonsonete sordo de las máquinas y sus pitidos de ritmos y gamas variadas que solo se interrumpía cuando hacía su aparición ese otro milagro anhelado. Una voz humana, una caricia en la frente o en el brazo de alguna enfermera o de sus familiares, una mirada posada frente a la suya. Y el de ir recuperando la sensibilidad de su cuerpo, después de haber pasado unos días en el infierno petrificado y gélido de una inmovilidad absoluta y carente de sensaciones.....

Frío....Calor....Pinchazo....Presión.... Sí, doctor, lo siento ...un poco entumecida todavía, pero mejor....sí..¡Cosquillas!¡Como si me tocara con una pluma!...Voy ,mejor, ¿no es cierto?....Si, aún falta camino por andar, pero me recuperaré, ¿Verdad?...Claro, yo voy a poner todo de mi parte....Todavía no puedo moverme nada, tan solo levantar la cabeza, y ya noto los dedos de mis manos, como inquietos por moverse...¡Sí!..ya parece que se ha movido un poquito el índice...Yo mando que se muevan, pero aún no me obedecen ¿Seguro que podré volver a mover mis manos, mis piernas, a andar?....¡Uf!, no puedo más, se me está haciendo eterno...(llanto).

Solo confío en lo que me dicen, que si que tiene cura, pero que irá despacio, y que tengo que tener fuerza de voluntad. ¡Voluntad!. Qué fácil es decirlo, pero cuando el cuerpo no responde...

Y ahora, ahí estaba su madre, volviendo a ejercer de tal, como cuando era una niña. Cuidándola, arropándola, aprovechando su forzosa inmovilidad para obligarle a escuchar sus sermones respecto a su vida y recordándole las pautas que le indicaban los rehabilitadores; obligándole a sorber un poco más de caldo del que le apetecía y a escuchar sus monólogos, una verborrea apresurada en la que mezclaba el relato de sus planes y obligaciones próximas, sucesos actuales y pasados sin adentrarse demasiado en honduras emotivas, recreándose más bien en lo anecdótico y morboso la mayoría de las veces. Una cortina de humo con la que siempre ocultaba su verdadera angustia y sus auténticas preocupaciones, era la conclusión a la que su hija había llegado después de muchos años de observación.

Por la celeridad con la que hablaba, ahora estaba realmente agobiada, y ni se percataba de ello. Seguro que es por mí, por mi estado y por la incertidumbre de mi recuperación, pensó Paula.

No tenía remedio.

Una oleada de ternura comprensiva sucedió a la irritación que le provocaba.

La madre, agotada, se tendió en el sillón de los acompañantes y se quedó, primero traspuesta, luego dormida,

mientras veía la telenovela de la sobremesa. Paula contemplaba su gesto cansado, las arrugas que le iban surcando el rostro, las manos blancas de dedos largos y delicados, las canas que poblaban y se adueñaban de sus cabellos, la mueca dulce y relajada que al fin afloraba y dejaba escapar de sus labios frente a la tensión crispada habitual...

-Mamá, te quiero.- susurró- No te preocupes. Todo irá bien.

¡Nubes!

Pompas de algodón que viajan hacia lugares insólitos, rincones remotos ...Miles de aventuras sin nombre, inéditas, para las errantes y volátiles peregrinas anónimas, que acabarán derramándose en millones, o tal vez billones de gotas de agua sobre la tierra cuando, henchidas de una cólera caprichosa, su rostro plomizo vocifere truenos mientras lanzan dardos eléctricos a diestro y siniestro. O solo serán lluvia silenciosa de murmullos. O tal vez terminen esfumándose en copos etéreos que se disuelven, soltando sus dedos tenues entrelazados en un adiós vaporoso y sin nostalgia .

¡Hola, nubes! Hoy os saludo, qué bueno contemplaros de nuevo por esta ventana mía. Parece que os estéis moviendo dentro de un cuadro viviente...(No sabéis la alegría que me inunda..¡hacía tantos días que no os veía!)...Un cocodrilo. Una viejecita montada en un

bólido...ahora se transforma en una osa con su cachorro...un dragón que juega con una pelota.

-Venga, mi niña, deja de hablarle a las nubes y vuelve aquí un ratito, o te bajo la persiana...no, no me mires así...¡Ja, Ja!. Es la hora de la merienda, ya la han traído las enfermeras....Vamos a colocarte bien, boca arriba y con la almohada detrás de la espalda para que estés mas incorporada...así está mejor.

La abuela ofreció un zumo a Paula, sosteniéndole el vaso y la pajita mientras la joven se esforzaba en enderezar el cuello y sorber.

-Ya tragas mejor...y sostienes mejor la cabeza...Vamos, mi niña, que cada día estás mas fuerte.

Le gustaba la presencia de su abuela. Era una de las únicas personas que no mostraba hacia ella sentimientos de pena o preocupación, más o menos manifiestos pero que Paula advertía en las miradas de sus allegados con la finura que su percepción había adquirido durante todo aquel tiempo de reclusión en un cuerpo que se negaba a moverse y a sentir, y en el que todo contacto con el mundo había quedado a merced de su mirada y oídos.

Sí, su abuela le daba ánimos, le invitaba a superarse sin imposturas, le acompañaba sin compasiones vanas.

Después de tomar el zumo, Paula recostó su cuello sobre la almohada. Si su brazo no se hubiera negado a obedecerle, le hubiera tendido su mano a la abuela, que, como si lo adivinara, se la

cogió un buen rato. Sintió su pulso firme, una energía sexagenaria a través de sus manos morenas y huesudas que no pudieron doblegar adversidades e infortunios varios.

-¿Cómo lo haces, abuela?

-¿El qué, mi niña?-Preguntó con su deje extremeño. (A Paula le encantaba que le llamara mi niña, aun cuando lo dijera por costumbre. Le hacía sentirse así, como un niñita acunada y mimada por el tono acogedor de aquellas palabras).

-Pues eso, estar tan vital, tan fuerte de cabeza y de cuerpo, ...tener tanta moral.

La abuela le sonrió, echó una risa , le miró con unos ojos gitanos, negros y vivos.

-Bueno...también me canso, no te creas, que una ya no tiene veinte años como tú.... Pero, si quieres, te digo que a la vida le pido, sobre todo, que me dé conformidad. Con lo que venga. Con lo bueno y con lo malo, porque de todo tiene que haber. Otros les piden salud, dinero, amor....Pero con conformidad, si viene bueno, bueno, y si vienen malos vientos, pues entonces a tirar adelante como sea.

Suspiró.

-Ay, mi niña, que a ti te queda toda la vida por delante, toda llena de esperanza y de ilusiones.

-¿Y cómo, abuela?- La voz se le quebró a la joven.- ¿Cómo crees que puedo tener ilusiones, estando así?

Un sollozo contenido escapó de su garganta y las lágrimas se deslizaron por su rostro. Un abrazo acudió al pronto para aliviar la desazón .

-Venga, niña, que el desánimo no lleva a ninguna parte buena ni es buen consejero.

-Pero es que a veces, estoy cansada, muy cansada. Sé que son momentos, que se pasará, pero no puedo evitarlo.

-Claro. Y quién no que se viera como tu, ahí en la cama sin poder moverse. Pero ahora, descansa, duerme un poco de siesta,ten paciencia, niña, ten paciencia. Para lo joven que eres vas a tener que aprenderla a la fuerza, pero ya verás. Te harás más fuerte, eres ya muy fuerte, mi amor. En la vida hay que aprender a lidiar con lo que venga.

- Y continuó relatando a Paula memorias agridulces de posguerra, de su viudedad, de sus cinco embarazos, de la vida en el pueblo, de la marcha a la ciudad, de los apuros económicos en tiempos difíciles, de fiestas, bailes y encuentros. La nieta le escuchó con deleite y alivio, hasta que el sopor le venció y, arrullada por el torrente de palabras vivas e historias, se transportó a un apacible reino de ensueños en el que la voz de la abuela continuaba resonando de fondo, llenándolo todo.

¡Palomas! Hasta ahora oía vuestros arrullos, pero ahora que puedo incorporarme más os veo por fin, ahí posadas en el borde de la ventana, moviéndoo con impaciencia de un lado a otro mientras oteáis los vuelos y revuelos de las otras, os cortejáis, salís volando a toda prisa o acudís a la llamada de la pitanza.... ,una, dos, y al momento, una turba ávida y gregaria que se arremolina en torno a unas migas de pan mojado.

Hay quienes dicen que sobráis, que sois muchas y estropeáis los monumentos. Pero yo puedo daros a muchas de vosotras un nombre, con los colores y manchas variadas de vuestros plumajes. Blancas, grises plateadas, pardas rojizas o negras; pintadas, manchadas, moteadas, arlequinadas o monocolors.

Me fascina sobre todo el momento en que, de repente, movidas por qué se yo que ímpetu, os lanzáis al vuelo con las alas extendidas, o las plegáis para caer por momentos en picado, alejándoos en la libertad de volar hacia los parques y plazas de la ciudad.

Libertad. Volar.

Y me imagino sobrevolando la ciudad, libre y dichosa. Vuelo, vuelo, vuelo,...y parece real, tan real este vuelo feliz y sin término que me olvido por un rato de la esclavitud del cuerpo. Cuando regreso, al menos, traigo un regalo precioso, una perla de gozo y energía renovada.

Un carraspeo deliberado logró retrotraer a Paula de sus periplos por los cielos imaginarios hacia los que se lanzaba a través de su ventana liberadora.

- Hola, hija,... ¿Qué tal ha ido hoy la rehabilitación?.

-Hola, papá....bien, bien. ¿Te quedas hoy tú?

-Sí, me deben horas en el trabajo y así nos hemos organizado con tu madre y tu abuela.....Ya veo que estás progresando mucho, ya me lo va contando tu madre...

-Sí, al menos ya me sientan en esta silla de ruedas...y muevo mejor las piernas y los brazos. Hasta puedo comer sola. Y me puedo sostener en pie apoyada en las barras del gimnasio. ¿Cómo te fue a ti la semana? ¿Ajetreada, como siempre?

-Sí, sí....mucho trabajo, de aquí para allá,...Hago más kilómetros en coche que ni se....

Charlaron durante un buen rato. Que si el trabajo de él, que si los estudios de Paula, de cómo pensaba retomarlos después de todo este lapso de tiempo, de sus avances en el gimnasio de rehabilitación y de los ejercicios y pautas que los fisioterapeutas le marcaban para avanzar en su recuperación...Paulatinamente, se diluyó la conversación y las miradas se fueron posando en el serial televisivo que iba a terminar acaparando el aparente interés de su atención como coartada ante los silencios prolongados y el fin de las palabras.

El padre acabó durmiéndose, con los brazos posados sobre el pecho y las piernas extendidas y cruzadas sobre otra silla próxima, emitiendo un ronquido suave. Él siempre se dormía, pensó Paula. Ante el cansancio y las preocupaciones era su manera natural de desconectarse. Dormir. Dormir y callar.

Ella sentía deseos de preguntar, de saber, que se quedaban sin más ahí, en un limbo de preguntas congeladas hace tiempo. Por qué te fuiste, como es que no os arreglasteis con mamá, por qué te escondes siempre....Y las preguntas sin respuesta le remitían al dolor punzante y antiguo que vivió en su adolescencia..

- Papá, despierta, vamos a charlar un rato. Tenemos mucho de que hablar, desde hace tanto tiempo....Y ahora no hay excusas que valgan. Yo estoy aquí, inmóvil, sin otra cosa que hacer. Y tú has pedido varios días libres para poder cuidarme. Te lo agradezco. Venga, vamos, despierta....

¡El mundo a través de mi ventana!. ¡Qué maravilla!

Al fin puedo sostenerme en pie, firmemente, aunque me apoye en las muletas, y me siento como si hubiera conquistado el Everest y divisara la totalidad de la tierra desde la altura.

Desde la ventana, puedo contemplar toda la vida que se cierne ahí afuera, un enjambre de edificios, tejados, antenas, coches

circulando como si de un desfile de hormigas se tratara, vuelo de golondrinas, sonido de sirenas, bocinas; griterío alborozado de los niños en el patio de la escuela de enfrente, correteando, chillando, alineándose en filas paralelas antes de entrar en clase; viandantes caminando hacia sus menesteres...Un poco más allá, las copas de los árboles del parque vecino, que me envían sus aromas a tierra húmeda y al fresco verdor cuando abro la ventana por la mañana. Por su avenida central, veo transitar a paseantes, jubilados, jóvenes en bicicleta o patines, niños con pelotas, enamorados abrazados que se sientan en un banco para besarse o contarse su amor. Y allá al fondo se divisa la bruma que sigue la línea del río, y la catedral que espiga sus torres hacia un cielo de nubes irisadas en este precioso atardecer. Una caótica sinfonía sin principio ni fin, compuesta por todos y por nadie, por todas las fuerzas de la vida.

Y me siento eufórica, embriagada por todos los sonidos, colores y perfumes que me ofrece todo ese mundo que vuelve a esperarme ahí afuera.

Pronto saldré, lo espero como un preso que anhela salir de prisión. ¡Ya me está llamando!

-Paula....por fin, ha llegado el día. Vamos a darte de alta hospitalaria. Ya puedes irte a tu pueblo.

El jefe de servicio, se puso unas gafas redondas después de saludar a Paula con la buena noticia, para revisar las notas e informes de la carpeta que portaba en la mano. Pelo canoso atusado hacia atrás, alto, delgado, a Paula siempre le había parecido muy profesional aunque algo estirado y distante. Ahora, merecedor de albricias, Paula se hubiera levantado de buena gana para darle un abrazo entusiasta.

-Gracias, doctor- fue lo único que acertó a decir, con la emoción contenida en un nudo en la garganta.

-Sí....todas las evaluaciones neurológicas, de rehabilitación y fisioterapia son positivas, la evolución ha sido muy favorable y aunque, ya sabes, queda mucho trabajo por hacer a nivel ambulatorio hasta que recuperes la movilidad completa de brazos y piernas y camines con normalidad, todo apunta a que se va a restituir bastante bien, esperemos que con unas secuelas mínimas. Pero, ya sabes, eso también dependerá de tu colaboración y motivación, que ya sabemos que es muy alta .
¿De acuerdo?.

Claro que de acuerdo. Le hubiera dado un beso feliz de agradecimiento.

-Si, doctor....Es la mejor noticia que me han dado.

-Enhorabuena, Paula. Han sido cuatro meses de ingreso, y siempre resulta difícil sobreponerse de un proceso como el que has sufrido.

Recogió sus pertenencias de la taquilla de la habitación, todavía algo aturdida por la noticia. La ropa con la que entró, la que le trajeron para esta ansiada salida, los libros y revistas, los apuntes de clase que apenas tocó, el fajo de cartas llenas de mensajes de apoyo y cariño que recibió de su novio, de las amigas de toda la vida, de sus compañeros de carrera; las cajas de bombones y peluches regalados.

Madre y abuela le ayudaron a vestirse (al fin, fuera el omnipresente camisón verde hospitalario, única vestimenta durante aquellos cuatro meses eternos) y a terminar de recoger las cosas. El padre esperaba abajo en el coche.

Antes de marcharse sobre sus muletas, volvió la vista hacia la ventana. Hacia aquel marco de un cuadro viviente y cambiante sobre el que había posado la mirada y la imaginación durante tantas horas.

Adiós, ventana del mundo que tanto me has acompañado. A través de ti, he recobrado fuerzas sintiendo el latido de la vida que me animaba a través tuyo desde el exterior. Ahora, me espera una puerta, un umbral que atravesaré con mis propios pasos para volver a caminar, a jugar, a danzar en ese baile en el que todos y todo formamos parte. Gracias.

Tercer Premio

TERAPIA

Mrs. Tales

Perla Borao

Hola, soy Robert, tengo 25 años, y soy Parapléjico.

Hace sólo un año que caí al vacío desde una ventana, y por primera vez en mi vida fui protagonista de la portada de los periódicos: “Joven salva su vida tras precipitarse desde un 10º piso”. Éste y no otro, es el motivo de que esté hoy aquí ante todos vosotros para contaros mi experiencia, y mis derroteros en esta nueva vida.

Escenas pasadas y presentes se agolpan en mi mente, completan la espiral de razones que precipitaron en gran medida mi decisión de tirarme al vacío.

Podría contaros miles de episodios, que os puedan introducir en mi vida...

En las noches de verano, un divertimento consistía en realizar apuestas en las que nos sometíamos a

diferentes pruebas de riesgo. Una noche en el que las apuestas rozaban cifras millonarias, conseguí el objetivo de echar de la carretera a todos los coches que se cruzaron conmigo. Ante los resultados obtenidos, mi ego y mi arrogancia se reafirmaron. Así noche tras noche fue creciendo poco a poco mi disposición y mi arrojo para participar en juegos de muy diversa índole, de una manera cada vez más natural.

A veces para liberar tensiones, mis amigos y yo acabábamos apaleando y ultrajando a cualquier ser inoportuno que pasara en ese momento junto a nosotros. Los destinatarios favoritos de nuestros ataques eran los emigrantes sin papeles, éstos no nos planteaban problemas legales porque oficialmente ni siquiera existían.

Las reyertas con otras bandas de poder eran frecuentes, en mi mundo, los ajustes de cuentas estaban al cabo de la calle. Nuestros proveedores de narcóticos debían andar atentos para en cada momento disponer de lo que les demandáramos. Las respuestas ante inconvenientes de cualquier tipo u origen eran siempre contundentes.

El sexo sin riesgo no existía para mí, cualquier barrera era sinónimo de falta de plenitud. Ni la edad ni el

género ni el momento ni el lugar suponían un inconveniente, mas bien lo hacían más excitante. Sólo la pasión carnal sin mediar ningún otro tipo de sentimiento era el móvil de mis experiencias sexuales. Además de estas prácticas sin barreras ni límites, el alcohol y las drogas completaban mi espectro vital.

“Vivir al límite” era mi objetivo, todo efecto colateral carecía de importancia

Las vidas y desgracias ajenas eran simples anécdotas.

Mi carácter trasgresor, mi trabajo agresivo y competitivo así como mis continuas idas y venidas al mundo de las drogas, acabaron produciéndome un desequilibrio psíquico que desembocó en lo que ustedes ya conocen.

-- Permítanme que me encienda un cigarrillo...-

Desperté pensando que sólo se trataba de un sueño erótico. Me encontraba atado de pies y manos, enredado en alguna extraña práctica amorosa. Al comprobar que un objeto atravesaba mi boca y penetraba hasta la garganta, sentí cierta confusión. Noté que no podía moverme, ciertamente sentía como si mi cuerpo terminase en la cintura, no acertaba a entender que me estaba pasando. Quizás se tratara de mi último viaje. ¡Curioso...! tanta

monserga con el fuego del infierno y resulta que no existía tal fuego abrasador.

Era todo muy extraño..., pero se estaba bien. Sentía dolor de forma intermitente y poco después volvía a caer en un estado placentero casi voluptuoso como el que me proporcionaban las drogas.

Cuando por fin tuve conciencia de mi situación, me sentí fracasado, no estaba muerto. No había conseguido mi propósito al arrojarme al vacío. La desesperación me invadió de nuevo. Hacía sólo 24 horas que mi estado emocional me había llevado a tomar la decisión del suicidio. No podía creer que estuviera vivo. Yo que había experimentado todo tipo de riesgo, había decidido una forma de quitarme la vida, aparentemente sencilla y rápida, sin instrumentos ni intermediarios, a la vez que contundente. Pero... me había equivocado.

Más tarde me explicaron que por una serie de efectos y leyes físicas, mi cuerpo fue rebotando sobre los elementos que adornaban la fachada, los cuales minimizaron la fuerza y la velocidad de la caída y consecuentemente el traumatismo. De forma desesperada intentaba dar con algún otro método más seguro y definitivo. Me repetía que debería haber elegido una

sobredosis. La decisión estaba tomada, volvería a intentarlo en cuanto estuviera en mi mano.

Desde que comencé a tambalearme y a sentirme indeciso y decepcionado, perdí la ilusión por la vida. El consumo desenfrenado de drogas y mi insatisfacción personal sólo me producían desesperación. Tras la muerte de mi madre, a los escasos familiares que me quedaban, hartos de mi insolencia y despreocupación, poco les importaría la pérdida. El 23 de septiembre ante la ventana, decidí desaparecer.

El día que oficialmente me confirmaron mi paraplejia, apenas me quedaban agallas para afrontar la situación, a partir de entonces, mi destino estaría unido a una silla de ruedas. Las posibilidades de acabar para siempre se iban recortando.

Poco tiempo después, me encontraba de vuelta a casa, sentado, frente a la misma ventana donde deposité mi esperanza o mejor mi desesperanza. Seguí allí plantado sin saber el tiempo que había transcurrido, hasta que las luces del amanecer comenzaron a iluminarlo todo, los colores fueron subiendo de intensidad y el sol inundó mi estancia.

Protegido por las paredes y el calor del sol, me sentía reconfortado. Una sensación extraña me invadía. La

mirada inmóvil clavada en la ventana. Esa ventana rectangular con cristal continuo hasta el suelo me hacía sentir como si me prolongara hacía el exterior. Tal vez sería capaz de sobrevolar la ciudad, de viajar de norte a sur, a través de montes y laderas.

Cuando mi madre murió, me instalé en su piso. Mi hermana y yo decidimos repartirnos sus pertenencias y yo preferí quedarme con la casa. Las huellas de la presencia de mi madre en aquel espacio era lo único que me ataba al pasado. Realmente en los últimos tiempos la veía poco, en sus momentos de lucidez todavía era capaz de preocuparse por mí. Con el desarrollo de su demencia acabó perdida en sus pensamientos y la única voz que repetía era el nombre de su madre. Cuando ocasionalmente venía a visitarla, siempre nos acomodábamos frente a la ventana, sentados en torno a la mesa camilla donde trascurrían sus días. Desde este punto de observación seguía las idas y venidas de sus vecinos.

Durante mis visitas se divertía haciéndome partícipe de sus secretos y a pesar del poco tiempo que le dedicaba, esos ratos me suponían un poco de aliento. Siempre salía con el propósito de repetir mis visitas con más asiduidad.

Ahora parece como si aquella ventana con la que mi madre llenó su vida, sea para mí como un bálsamo que me permita sobrevolar y escapar de mi realidad. Puede que los genes me hayan jugado una mala pasada. Es como si los dos estuviéramos determinados a explorar el mundo a través de una ventana.

Como si reprodujera la conducta de mi madre, poco a poco me he ido interesando por las gentes que atraviesan apresuradamente la calle, he llegado a identificar a unos cuantos individuos que pasan todos los días a la misma hora y dirección, y hasta me atrevo a adivinar por sus modales o andar cansino su estado de ánimo. Hay una mujer de rasgos orientales y de aspecto enigmático que ha despertado de nuevo mi erotismo, a menudo me hace soñar con una vida en común. Imagino una historia de amor en la que ella contesta a un anuncio del periódico donde yo solicito una cuidadora, se presenta en mi casa y una atracción inmediata nos arrastra a una relación apasionada. Esta historia me mantiene ilusionado, me permite seguir viviendo, tengo la seguridad de que algún día veré a través de la ventana como esta mujer atraviesa la calle, llega a mi portal y llama a la puerta, lo siguiente corre de mi cuenta.

Hoy mi ventana y esta terapia, representa toda mi existencia.

Soy Robert y soy parapléjico.